

De los Apeninos a los Andes

Edmundo de Amicis

Novela para 5º básico



ÍNDICE

Parte 1	5
Parte 2	9
Parte 3	13
Parte 4	21
Parte 5	27
Parte 6	33
Parte 7	41
Parte 8	49
Parte 9	57

Parte 1

Hace ya muchos años, un niño genovés de trece años, hijo de un obrero, viajó solo desde Génova a América en busca de su madre.

Su mamá se había ido dos años antes a Buenos Aires, la capital de la República Argentina, para ponerse al servicio de alguna casa de gente rica y así, ayudar a salir de la pobreza a su familia, que, por distintas desgracias, tenía muchas deudas.

Muchas mujeres valientes hacen este viaje tan largo con el mismo objetivo y, gracias al buen pago que reciben en Buenos Aires los servicios domésticos, vuelven al país después de unos años con algunas miles de liras. La pobre señora había llorado muchísimo al separarse de sus hijos: uno de dieciocho y otro de once, pero finalmente se fue muy animada y llena de esperanza.

Durante el viaje no tuvo ningún problema. Poco tiempo después de llegar a Buenos Aires, gracias a un primo de su marido que era comerciante genovés y que vivía ahí desde hacía tiempo, encontró un trabajo en la casa de una familia argentina con buena situación económica, que le pagaba mucho y la trataba bien.

Durante un tiempo, mandaba cartas constantemente a los suyos. Se habían puesto de acuerdo para que el marido le mandara las cartas al primo, el que se las entregaba a la

mujer, y ésta, a su vez, le daba las suyas para que las enviase a Génova, escribiendo siempre algo acerca de lo que estaba viviendo.

Como ganaba ochenta liras al mes y no tenía gastos, cada tres meses podía enviarle a su marido una cantidad considerable de dinero. Con el dinero, el hombre iba pagando las deudas más urgentes y manteniendo, de ese modo, su buena **reputación** de persona honrada.

Mientras tanto, él trabajaba y estaba contento con como estaban las cosas, porque tenía la esperanza de que su mujer volvería pronto: la casa sin ella parecía estar vacía y, especialmente el hijo menor —que quería mucho a su mamá— no podía estar tranquilo con una ausencia tan larga. Pero, cuando había transcurrido un año desde su partida, después de una carta de pocas líneas, en la que decía que no estaba bien de salud, no habían vuelto a recibir ninguna otra. Le escribieron dos veces al primo, pero él no contestó. También le escribieron a la familia argentina con la que trabajaba, pero tampoco recibieron respuesta, ya que la carta no llegó a quien estaba dirigida, tal vez por no haber puesto bien la dirección.

Asustados de que le hubiese pasado algo, escribieron al **consulado** italiano en Buenos Aires, pidiendo que averiguara del asunto; pero después de tres meses el cónsul contestó que, a pesar de que habían publicado un anuncio en el diario, nadie se había presentado a dar noticias sobre su paradero.

Y no podía ser de otra forma, entre otras razones, porque la mujer, para no manchar el honor de su familia, que ella creía se habría dañado por trabajar como empleada doméstica, no había dado su nombre verdadero a la familia argentina.

Parte 2

Pasaron otros meses sin que llegara ninguna noticia. El papá y los hijos estaban muy tristes; el más pequeño, sobre todo, no podía liberarse de una terrible angustia. ¿Qué hacer en estas **circunstancias**? ¿A quién podían recurrir? La primera idea del padre fue tomar sus cosas y partir él a América en búsqueda de su mujer. Pero ¿cómo iba a abandonar su trabajo? ¿Quién iba a mantener a sus hijos? Tampoco podía irse el hijo mayor, que en ese minuto empezaba a ganar algo de dinero y era indispensable para la familia. Con esta intranquilidad vivían. Todos los días se repetían los mismos dolorosos problemas y, mirándose entre ellos silenciosos, una noche Marco, el hijo menor, dijo con gran **determinación**:

—Yo iré a América a buscar a mi mamá.

El papá movió la cabeza, entristecido, y no le respondió. Era algo admirable, pero imposible de hacer. ¿Cómo iba a ir solo a América un niño de trece años? Solo el viaje tomaba un mes completo... Pero el muchacho insistió en su idea ese día y los siguientes, sin ninguna duda y **razonando** como un hombre adulto.

—Otros han ido —decía— e incluso menores que yo. Cuando ya esté en el barco, llegaré allá como cualquier persona y, cuando esté en Buenos Aires, solo tengo que buscar el local comercial del tío. Hay tantos italianos en esas tierras que alguno me dirá por donde tengo que ir. Una vez

que encuentre al tío, voy a encontrar a mamá y, si no la encuentro, iré donde el cónsul y buscaré a la familia argentina. Pase lo que pase, allá hay trabajo para todos y alguno encontraré. Con él podré ganar lo suficiente para pagar el pasaje de vuelta.

De esta forma, poco a poco, casi que logró convencer a su padre. Él lo quería y sabía que era un niño bastante maduro y valiente, acostumbrado a no tenerlo todo en la vida y a sacrificarse si era necesario. Sabía que estas cualidades le darían el doble de fuerza a su corazón para poder completar la misión de encontrar a su madre, a la que adoraba.

Además, un capitán de barco, amigo de un conocido de la familia, había oído hablar del asunto y permitió que el niño viajara como pasajero de tercera clase, sin pagar, hasta Buenos Aires. Fue entonces que, después de algunas dudas, el padre dio su **consentimiento** y quedó decidido el viaje.

Llenaron una bolsa de ropa, le entregaron algo de dinero y le dieron la dirección de la tienda del pariente. Así, una bella tarde del mes de abril, lo embarcaron.

—Hijo mío —le dijo el papá, parado en la escalerilla del buque que estaba por partir, al darle el último beso con los ojos humedecidos,— sé valiente. Partes con un propósito santo, por lo que Dios te ayudará.

¡Pobre Marco! Tenía un corazón fuerte y estaba preparado para las duras pruebas de ese viaje; pero un repentino desánimo lo asaltó cuando vio alejarse en el horizonte su

bella Génova y se encontró en alta mar, con el buque repleto de campesinos emigrantes, sin ningún conocido a bordo, con esa bolsita que contenía toda su fortuna.

Durante dos días estuvo acurrucado como un perro a la proa, casi sin comer y sintiendo una gran necesidad de llorar. Toda clase de pensamientos tristes pasaban por su mente, pero el más triste y más terrible era el que más volvía: que su mamá pudiese estar muerta. En sus sueños, interrumpidos y penosos, siempre veía la cara de un desconocido que lo miraba con compasión y le decía al oído: “Tu madre está muerta”. Entonces se despertaba ahogando un grito.

Sin embargo, pasado el estrecho de Gibraltar, a la primera vista del océano Atlántico, recuperó un poco de ánimo y esperanza. Pero fue un alivio breve. El inmenso mar siempre igual, el calor creciente, la tristeza de toda aquella pobre gente que lo acompañaba, el sentimiento de la propia soledad, volvieron a deprimirlo. Los días pasaban vacíos y **monótonos**. Como eran todos iguales, se le confundían en la memoria, como les sucede a los enfermos. Le parecía que llevaba un año en el mar. Todas las mañanas, despertándose, se sentía nuevamente sorprendido de estar solo en medio de aquella inmensidad de agua, viajando a América. El hermoso pez volador que a veces caía en el barco, las maravillosas puestas de sol de los trópicos, las enormes nubes de fuego y sangre y las fosforescencias nocturnas, que dan a todo el

océano la apariencia de ser un mar de lava, no le parecían ser cosas reales, sino más bien, milagros vistos en un sueño.

Hubo días de mal tiempo, en los que permaneció encerrado todo el tiempo en su camarote, donde todo bailaba y caía en medio de un aterrador coro de llantos y juramentos; creía que había llegado su última hora. Tuvo otros días en que el mar estuvo tranquilo y amarillento, de un calor insostenible, de un aburrimiento sin fin; horas interminables y **siniestras**, en las cuales los pasajeros agotados, inmóviles en los tableros, parecían muertos.

Y el viaje no terminaba: mar y cielo, cielo y mar, hoy igual que ayer, mañana igual que hoy —nuevamente— siempre, eternamente. Y pasaba mucho tiempo apoyado en la barandilla, aturdido, mirando el mar interminable. Pensaba **vagamente** en su mamá hasta que cerraba los ojos y se le caía la cabeza del sueño. Y entonces volvía a aparecer esa cara desconocida que lo miraba con pena y le repetía: “¡Tu madre está muerta!”. Y con esa voz se despertaba inquieto para volver a soñar con los ojos abiertos y mirar el horizonte inalterable.

Parte 3

¡Veintisiete días duró el viaje!, pero los últimos fueron los mejores. El tiempo era bueno y el aire estaba fresco. Se había hecho amigo de un **lombardo** que iba a América a visitar a su hijo, que era agricultor cerca de la ciudad de Rosario. Le había contado todo acerca de su casa y el anciano le repetía de vez en cuando, dándole palmadas en el cuello: “Ánimo, pequeño, encontrarás a tu madre sana y feliz”. Su compañía lo ayudó y sus **presentimientos** pasaron de ser tristes a ser alegres.

Sentado en la proa, junto al viejo granjero que fumaba una pipa, bajo un hermoso cielo estrellado, en medio de un grupo de migrantes que cantaba, se imaginó cien veces como sería su llegada a Buenos Aires. Imaginó que llegaba a esa calle, encontraba la tienda y a su primo: “¿Cómo está mi mamá? ¿Dónde? ¡Vamos ahora! Vamos ahora”. Corrían juntos, subiendo una escalera, se abría una puerta... Y aquí se detenía su silencioso **monólogo**. Entonces su corazón se perdía en un sentimiento de ternura inexpressable, lo que le hacía besar una pequeña medalla que llevaba alrededor del cuello y murmurar sus oraciones.

Al vigésimo séptimo día de haber salido de Génova, llegaron. Era una hermosa mañana roja de mayo cuando el barco navegó por el inmenso río de La Plata, a la orilla del cual se encuentra la gran ciudad de Buenos Aires, capital de

la República Argentina. El buen tiempo le pareció un excelente **augurio**. Estaba fuera de sí de pura alegría e **impaciencia**. ¡Su mamá estaba a pocos kilómetros de él! ¡En unas pocas horas la vería! ¡Y él estaba en América, en el nuevo mundo y tuvo la valentía de venir solo! Todo ese larguísimo viaje ahora le parecía que había pasado en un segundo. Le parecía haber soñado y volado, y que recién ahora se despertaba. Y estaba tan feliz, que apenas se sorprendió o se angustió cuando buscó en sus bolsillos y no encontró uno de los dos paquetes en los que había dividido su pequeño tesoro, solo para estar seguro de no haberlo perdido todo. Se lo habían robado, no le quedaban más que unas pocas liras, pero, ¿qué importaba si ahora estaba cerca de su madre?

Con su bolso en la mano bajó junto con muchos otros italianos a un barco de vapor que los llevó a poca distancia de la orilla. Descendió luego a una lancha que se llamaba *Andrea Doria* y desembarcó en el muelle. Se despidió de su viejo amigo lombardo y se encaminó, con grandes zancadas, hacia la ciudad.

Al llegar a la entrada de la primera calle, detuvo a un hombre que pasaba y le pidió que le dijera qué camino debía tomar para llegar a la calle de Las Artes. Justo había detenido a un trabajador italiano. Lo miró con curiosidad y le preguntó si es que sabía leer. El niño dijo que sí.

—Bueno —le dijo el trabajador, señalando la calle por la que iba— sigue siempre derecho y lee los nombres de las calles en todas las esquinas. Terminarás encontrando la tuya.

El niño le dio las gracias y marchó por la calle que se abría ante él.

Era una calle recta e interminable, pero estrecha; rodeada por casas bajas y blancas que parecían casitas de campo, llenas de gente, carruajes y vagones grandes que producían un ruido ensordecedor. Aquí y allá colgaban enormes banderas de varios colores que anunciaban la partida de los barcos de vapor hacia ciudades desconocidas con grandes letras. En cada parte del camino, girando hacia la derecha y la izquierda, veía calles tan largas que no se veía el final. También había casas bajas y blancas, llenas de gente y carros, y cortadas en la parte inferior por la línea recta de la llanura americana, similar a como se ve el horizonte cuando se está en medio del mar.

La ciudad parecía interminable. Daba la sensación de que uno podía caminar por días y semanas, siempre viendo aquí y allá otras calles como la que ahora estaba y que toda América era una ciudad inmensa. Miró cuidadosamente los nombres de las calles: nombres extraños que apenas podía leer. En cada nueva esquina su corazón latía, pensando que era la suya. Miraba a todas las mujeres pensando que podrían ser su mamá. Vio una frente a él que le movió la sangre,

la alcanzó y la miró: era una mujer negra. Y caminaba, y caminaba, acelerando el paso.

Llegó a un cruce, leyó y quedó como clavado en la vereda. Era la calle de Las Artes. Se dio vuelta y vio el número 117, la tienda del primo estaba en el número 175. Aceleró de nuevo el paso, casi corrió; en el número 171 tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Y se dijo a sí mismo: “¡Oh, mi madre! ¡Mi madre! ¡Es verdad que te veré en unos momentos!”. Corrió hacia adelante, llegó a una pequeña cordonería. Ahí era. Se asomó y vio a una mujer con cabello gris y anteojos.

—¿Qué querés pibe? —le preguntó, en español.

—¿No es esta —dijo el niño, esforzándose para que le saliera la voz— la tienda de Francesco Merelli?

—Francesco Merelli está muerto —respondió la mujer en italiano. El niño tuvo la impresión de que había recibido un tiro en el pecho.

—¿Cuándo murió?

—Oh, hace un tiempo —respondió la señora— dos meses. Hizo malos negocios, se escapó. Dicen que se fue a Bahía Blanca, muy lejos de aquí. Murió apenas llegó. Ahora la bodega es mía.

El chico palideció.

Luego dijo rápidamente:

—Merelli conocía a mi madre, que estaba aquí con el señor Mequinez. Solo él podía decirme donde está. Vine a América a buscar a mi madre. Merelli le mandaba las cartas. Necesito encontrar a mi madre.

—Pobre hijo —respondió la mujer— yo no sé. Pero puedo preguntarle al niño de la portera. Él conocía al muchacho que le hacía los recados a Merelli. Tal vez él pueda decirte algo.

Fue al fondo de la tienda y llamó a un niño que vino de inmediato.

—Dime algo —preguntó la vendedora— ¿te acuerdas del joven al que Merelli le pedía que llevara cartas a una mujer que estaba de sirvienta en una casa de unos señores de acá?

—Del señor Mequinez —respondió el niño— sí, señora, algunas veces. Al final de la calle de Las Artes.

—¡Ah, señora, gracias! —gritó Marco— deme el número... ¿no lo sabe? Que alguien me acompañe. Acompáñame de inmediato tú, muchacho. Todavía tengo dinero.

Y dijo esto con tanta emoción que, sin esperar la respuesta de la mujer, el muchacho respondió: “¡Vamos!”, y salió caminando rápidamente primero.

Casi corriendo y sin decir una palabra, fueron hasta el final de una calle muy larga, se deslizaron por la entrada

de una casita blanca y se detuvieron frente a una hermosa puerta de hierro, desde la cual se podía ver un pequeño patio lleno de macetas. Marco le dio un tirón a la campanilla.

Apareció una señorita.

—Aquí vive la familia Mequinez, ¿no es verdad? —preguntó con ansiedad el niño.

—Vivía —respondió la señorita pronunciando el italiano con acento español— ahora vivimos nosotros, los Zeballos.

—¿Y dónde se fueron los Mequinez? —preguntó Marco, muy preocupado.

—Se fueron a Córdoba.

—¡Córdoba! —exclamó Marco— ¿dónde queda Córdoba? ¿Y la criada que tenían? La mujer, ¡mi mamá! ¡La criada era mi madre! ¿También se llevaron a mi madre?

La joven lo miró y dijo: “No sé. Quizás lo sabe mi padre, que los conoció cuando se fueron. Espera un momento”.

Se fue y volvió al poco rato con su padre, un caballero alto, con barba gris. Miró por un momento a ese simpático marinerito genovés, con su cabello rubio y nariz aguileña, y le preguntó en mal italiano: “¿Tu madre es genovesa?”

Marco respondió que sí.

—Bueno, la criada genovesa se fue con ellos, lo sé con certeza.

—¿Y a dónde fueron?

—A Córdoba, una ciudad.

El muchacho suspiró; luego dijo con resignación: “Entonces... iré a Córdoba”.

—¡Ah, pobre niño! —exclamó el caballero mirándolo con pena— ¡Pobre muchacho! Está a cientos de kilómetros de aquí Córdoba.

Marco se puso pálido como un muerto y se apoyó con una mano en la puerta.

—Veamos, veamos —dijo entonces el caballero, compadeciéndose y abriéndole la puerta— entra un momento, veamos si podemos hacer algo.

Se sentó, le ofreció asiento a Marco y le hizo contar su historia, la que siguió muy atento. Se quedó un rato pensativo y luego dijo con resolución: “No tienes dinero, ¿verdad?”.

—Algo tengo... poco —respondió Marco.

El caballero pensó por otros cinco minutos, luego se fue a una mesa, escribió una carta, la cerró, se la entregó al niño y le dijo:

—Escucha, italiano, ve con esta carta a La Boca. Es un pueblito donde la mitad son genoveses, a dos horas de aquí. Allí sabrán como mostrarte el camino. Una vez que estés allí, busca al caballero al que se dirige la carta, a quien todos conocen. Llévale esta carta. Él te enviará mañana a la ciudad de Rosario y te recomendará a alguien allá que se encargue de continuar tu viaje a Córdoba, donde encontrarás a la familia Mequinez y a tu madre. Mientras tanto, toma esto —y

le puso una lira en la mano—. Anda y no te desanimes. En este país hay muchos compatriotas tuyos, no te van a abandonar. Adiós.

El niño le dijo: “Gracias”. Sin encontrar otras palabras que decir, salió con su bolso. Se despidió de su pequeño guía y se dirigió lentamente hacia La Boca, a través de la enorme ciudad ruidosa, lleno de tristeza y de asombro.

Parte 4

Todo lo que le sucedió desde ese momento hasta la tarde del día siguiente permaneció en su memoria de manera confusa e incierta, como esos sueños que se tienen con fiebre; estaba cansado, **perturbado, abatido**. Pasó la noche en una pequeña habitación de una casa en La Boca, al lado de un almacén del puerto. Luego, pasó la mayor parte del día sentado en un montón de vigas de madera, medio adormilado, frente a miles barcos, barcazas y pequeños vapores. Al día siguiente, al anochecer, se encontraba en la popa de un gran velero, cargado de frutas, que salía hacia la ciudad de Rosario, conducido por tres robustos genoveses bronceados por el sol, cuya voz, y el querido **dialecto** que hablaban, le dieron algo de consuelo a su corazón.

Partieron y el viaje duró tres días y cuatro noches, y fue un asombro tras asombro para el pequeño viajero. Tres días y cuatro noches navegaron por el maravilloso río Paraná. Frente a este río, nuestro gran río Po es solo un conjunto de gotitas. La longitud de Italia, cuadruplicada, no alcanza a ser suficiente para describir el largo del gran río Paraná.

El bote se movía lentamente contra la corriente en esa inmensa masa de agua. Pasó entre largas islas, que parecían bosques flotantes, llenas de nidos de serpientes y tigres, cubiertas de naranjas y sauces. Otras veces se deslizaba por canales estrechos, de los cuales parecía que uno ya no podía

salir; después se abrían enormes extensiones de agua con la apariencia de lagos tranquilos; luego nuevamente entre las islas, por los enredados canales de un archipiélago, en medio de enormes montones de vegetación. Reinaba un profundo silencio. Durante largos tramos, la costa y las aguas solitarias y enormes dieron la imagen de pertenecer a un río desconocido, en el que esa pobre vela era la primera en aventurarse del mundo. Cuanto más avanzaba, más le afligía lo monstruoso del río. Se imaginaba que su madre estaba en sus fuentes y que el viaje iba a durar años.

Dos veces al día comía un poco de pan y carne salada con los barqueros, quienes, viéndolo tan triste, nunca le hablaban. Por la noche, dormía en cubierta y se despertaba de vez en cuando, **abruptamente**, asombrado por la clara luz de la luna que blanqueaba las inmensas aguas y las orillas distantes; entonces se le apretaba el corazón.

“¡Córdoba!” —repetía ese nombre— “¡Córdoba!”, como si fuese el nombre de una de esas ciudades misteriosas de las cuales había oído hablar en leyendas. Pero después pensaba: “Mi madre ha pasado por aquí, ha visto estas islas y estas costas” y así no le parecían tan extraños y solitarios esos lugares, porque la mirada de su mamá también se había posado en ellas.

Esa noche uno de los barqueros cantaba. Esa voz le recordó las canciones que su madre le cantaba antes de dor-

mir cuando era niño. La última noche, cuando escuchó esa canción, lloró. El barquero paró de cantar y le gritó:

—¡Ánimo, ánimo, niño! ¡Qué diablos! ¡Un genovés que llora por estar lejos de casa! ¡Los genoveses viajan por el mundo gloriosos y triunfantes!

Y ante esas palabras algo en él se despertó, escuchó la voz de su sangre genovesa y levantó la frente con dignidad, golpeando el timón con el puño. “Bueno, sí.” —se dijo— “Si tuviera que recorrer todo el mundo, viajar durante años y andar cientos de millas, seguiría por siempre hasta encontrar a mi madre. ¡Aunque llegue moribundo y caiga muerto a sus pies! ¡Por verla una vez! ¡Sin desanimarse!”. Y con este ánimo llegó al amanecer de una rosada y fría mañana frente a la ciudad de Rosario, ubicada en la ribera alta del Paraná, donde los mástiles, de al menos cien barcos con banderas de distintos países, se reflejaban en las aguas.

Poco después de desembarcar, caminó hacia la ciudad con su bolso de mano en búsqueda del caballero argentino a quien su protector de La Boca le había enviado una tarjeta de visita con algunas palabras de recomendación. Al entrar a Rosario, le pareció llegar a una ciudad que ya era conocida. Eran esas calles interminables, rectas, rodeadas por casas bajas y blancas, cruzadas en todas las direcciones, por encima de los tejados, en grandes cables de telégrafo y teléfono que parecían enormes telarañas; y un gran estruendo de personas, de caballos y carros.

Su cabeza estaba confundida: casi pensó que había vuelto a Buenos Aires y que tendría que buscar nuevamente al primo de su padre. Estuvo dando vueltas durante casi una hora, dando vueltas y más vueltas, pero siempre parecía volver a la misma calle. Solo luego de preguntar infinitas veces logró encontrar la casa de su nuevo protector. Tocó el timbre. Un hombre grande y rubio que tenía un aire a campesino apareció en la puerta. Groseramente, con una pronunciación extranjera, le preguntó:

—¿Qué quieres?

El niño le dijo el nombre del patrón al que buscaba.

—El dueño —respondió el granjero— se fue a Buenos Aires anoche con toda su familia.

Marco tartamudeó: “Pero yo... ¡no tengo a nadie aquí! ¡Estoy solo!”. Y le entregó la tarjeta.

—¡Eh, vamos! —dijo el otro— ¡Ya hay demasiadas ratas de tu país en Rosario! Escápate a mendigar a Italia.

Y cerró la puerta en su cara.

El niño se quedó allí petrificado.

Luego, tomó lentamente su bolsa y se fue, con el corazón angustiado y la mente agitada, de pronto atacado por mil pensamientos terribles. ¿Qué hacer? ¿Dónde ir? De Rosario a Córdoba había un día de viaje en tren y no tenía suficiente dinero. Después de gastar lo que necesitaba para ese día, no le quedaría casi nada. ¿De dónde sacaría plata para pa-

gar el viaje? Podía trabajar, ¿pero a quién le pediría trabajo? ¡Pedir limosna! ¡Ah, no!, prefería ser rechazado, insultado o humillado antes que eso, no, nunca, nunca, ¡antes sería mejor morir!

Y con esa idea, y al ver nuevamente el inmenso camino que se perdía a lo lejos en la llanura sin límites, sintió que perdía una vez más el coraje, tiró su bolsa en la vereda, se sentó con la espalda apoyada en la pared e inclinó su rostro sobre sus manos, sin llorar, en una actitud desolada.

La gente lo golpeaba con los pies; los carros llenaban la calle con su ruido; algunos niños se detuvieron para mirarlo. El seguía sin moverse, como una estatua.

Parte 5

Entonces fue sacudido por una voz que le dijo medio en italiano, medio en lombardo: “¿Qué te pasa, chiquillo?”.

Levantó la cara ante esas palabras, e inmediatamente se levantó, lanzando una exclamación asombrado: “¡Estás aquí!”.

Era el viejo campesino lombardo, su amigo del viaje.

La sorpresa del agricultor no era menor a la suya. Pero el niño no le dio tiempo de hacer preguntas y rápidamente le contó su situación: “Ahora no tengo dinero. Tengo que encontrar trabajo. Consígueme un trabajo en el que pueda juntar algunas monedas; yo hago lo que sea: traigo cosas, barro las calles, puedo hacer mandados, incluso trabajar en el campo. Puedo vivir de pan negro. Lo que quiero es salir pronto y encontrar a mi mamá. ¡Hágame este favor! ¡Búsqueme trabajo, por el amor a Dios, que no puedo soportar más!

—Demonios, demonios —dijo el campesino, mirando alrededor y rascándose la barbilla— ¡Qué historia es esta!... Trabajar... es fácil de decir. Veamos un poquito. ¿Qué no hay forma de encontrar treinta liras entre tantos compatriotas?

—El niño lo miró consolado por un rayo de esperanza.

—Ven conmigo—dijo el campesino.

—¿Dónde? —preguntó el muchacho, tomando su bolsa.

—Ven conmigo.

El granjero se puso en marcha y Marco lo siguió. Caminaron un buen tramo juntos, sin hablar. El hombre se detuvo en la puerta de una taberna que tenía una estrella y escrito bajo ella: “La estrella de Italia”. Se asomó adentro y le dijo al muchacho alegremente:

—Llegamos en un buen momento.

Entraron en una habitación grande, donde había varias mesas y bastantes hombres sentados, que bebían y hablaban fuerte. El viejo lombardo se acercó a la primera mesa y, por la forma en que saludó a los seis clientes que estaban a su alrededor, quedaba claro que había estado con ellos hace poco. Tenían las caras enrojecidas y hacían sonar los vasos, gritando y riendo.

—Camaradas —dijo sin dudar el lombardo, levantándose y presentando a Marco— aquí hay un niño pobre, compatriota nuestro que vino solo desde Génova a Buenos Aires para buscar a su madre. En Buenos Aires le dijeron: “No está aquí, está en Córdoba”. Luego siguió en bote hasta Rosario, tres días y tres noches, con una carta de recomendación que al entregar le han rechazado. No tiene ni un peso. Está aquí desesperado. Es un pequeño con un corazón enorme. Veamos un poco. No tiene lo suficiente para pagar el boleto para ir a Córdoba a buscar a su madre. ¿Vamos a dejarlo aquí como un perro?

—¡Nunca en el mundo, por Dios! ¡Nunca se dirá esto! —gritaron todos juntos golpeando sus puños sobre la mesa—.

—¡Un compatriota nuestro! ¡Ven aquí, pequeño! ¡Aquí estamos los emigrantes! ¡Mira ese lindo mocoso! ¡Fuera el dinero, camaradas! ¡Impresionante, vino solo! ¡Tiene agallas! Toma una copa compatriota. No te preocupes, te enviaremos con tu madre.

Y uno le pellizcó la mejilla, otro le dio una palmada en el hombro, un tercero le sostenía la bolsa. Otros inmigrantes se levantaron de las mesas cercanas y se acercaron; la historia del niño dio la vuelta a la taberna. Tres clientes argentinos acudieron en masa desde la habitación contigua. En menos de diez minutos el campesino lombardo, que había tendido el sombrero para recolectar el dinero, ya tenía cuarenta y dos liras.

—¿Ya viste —dijo entonces volviéndose hacia el chico— que rápido se consigue esto en América?

—Bebe —gritó otro, entregándole una copa de vino— ¡A la salud de tu mamá!

Todos levantaron sus vasos. Y Marco repitió:

—A la salud de mi... —pero un sollozo de alegría cerró su garganta, dejó el vaso sobre la mesa y se arrojó al cuello de su querido viejo.

A la mañana siguiente, al amanecer, ya había partido a Córdoba, audaz y risueño, lleno de felices presentimientos. Pero no hay alegría que dure mucho ante ciertos aspectos siniestros de la naturaleza. El tiempo estaba nublado y gris. El tren, semivacío, cruzaba la inmensa llanura sin signos de

vida. Estaba solo, en un vagón muy largo que se parece a los que transportan heridos. Miró hacia la derecha, miro hacia la izquierda y no vio más que una soledad interminable, salpicada de pequeños árboles deformados, desde troncos y ramas tristes, en actitudes nunca vistas, casi como si fueran de ira y angustia. Una vegetación oscura, escasa y triste, que daba a la llanura la apariencia de un cementerio sin fin. Durmió durante media hora y volvió a mirar: siempre era el mismo espectáculo.

Las estaciones del ferrocarril eran solitarias, como casas de ermitaños; y cuando el tren se detenía, no se escuchaba una sola voz. Sintió que estaba solo en un tren perdido, abandonado en medio del desierto. Le parecía que cada estación tenía que ser la última y que se estaba adentrando en las misteriosas y aterradoras tierras de indios salvajes.

Una brisa fría le mordió la cara. Al embarcarse en Génova a fines de abril, su padre no había pensado que en América encontraría el invierno, por lo que iba vestido de verano. Después de unas horas, comenzó a sufrir el frío y, con el frío, el cansancio de los últimos días, llenos de emociones violentas y de noches sin dormir y con problemas. Se durmió, durmió mucho tiempo y se despertó entumecido, sintiéndose enfermo. Entonces tuvo el vago temor de enfermarse y morir en medio del viaje, arrojado allí en medio de esa llanura desolada, donde su cadáver sería destrozado por perros y aves rapaces, como ciertos cuerpos de caballos y

vacas que veía tirados al lado del camino y de los que había desviado sus ojos con disgusto.

Con aquel terrible malestar y en medio de ese sombrío silencio de la naturaleza, su imaginación se excitó y oscureció. ¿Estaba seguro de que iba a encontrar a su mamá en Córdoba? ¿Y si ella no estaba allí? ¿Y si el señor de la calle de Las Artes se había equivocado? ¿Y si estaba muerta? Con estos pensamientos volvió a quedarse dormido y soñó con que estaba en Córdoba de noche y que de todas las puertas y ventanas oía gritar: “¡No está! ¡No está! ¡No está!”.

Se despertó sobresaltado, aterrorizado, y vio a tres hombres con barba en la parte trasera del carruaje, envueltos en chaques de varios colores, que lo miraron, hablando en voz baja entre ellos; imaginándose que podían ser asesinos que querían matarlo para robarle su bolsa. Al frío y al miedo se sumó la incomodidad; su ya perturbada imaginación se volvió loca. Los tres hombres lo seguían mirando, uno de ellos se movió hacia él, entonces perdió la razón y yendo hacia él con los brazos abiertos, gritó:

—No tengo nada. Soy un pobre chico. Vengo de Italia a buscar a mi madre, estoy solo, ¡no me hagan daño!

Los viajeros entendieron de inmediato lo que le pasaba y lo compadecieron, lo acariciaron y tranquilizaron diciéndole muchas palabras que no entendió. Y viendo que sus dientes castañaban por el frío, le pusieron uno de sus chaques y

lo sentaron para que durmiera. Y efectivamente, se quedó dormido. Cuando lo despertaron, estaban en Córdoba.

¡Ah! ¡Con qué alivio respiró y, con esa fuerza, salió del vagón! Le preguntó a un empleado de la estación donde estaba la casa del ingeniero Mequinez, a lo que le respondió el nombre de una iglesia y que vivía al lado de ella. El niño se fue corriendo hacia allá.

Parte 6

Era de noche. Entró en la ciudad. Y le pareció que estaba entrando en Rosario otra vez al ver esas calles rectas bordeadas de casitas blancas, y cortadas por otras calles rectas y muy largas. Pero había poca gente. Estaba iluminado solo por unos pocos faroles. Se encontró con caras extrañas, de un color desconocido entre negruzco y verdoso. Levantando la vista cada cierto tiempo, veía iglesias de una arquitectura desconocida que se dibujaban enormes y negras en el firmamento.

La ciudad estaba oscura y silenciosa, pero después de haber cruzado ese inmenso desierto, le pareció alegre. Interrogó a un sacerdote y pronto halló la iglesia y la casa. Tocó la campana con una mano temblorosa y presionó la otra en su pecho para tranquilizar los latidos de su corazón, que se le subían por la garganta.

Una anciana vino a abrir con una lámpara en la mano. El niño no pudo hablar durante unos segundos.

—¿A quién buscas? —preguntó ella en español.

—Al ingeniero Mequinez —dijo Marco.

La anciana cruzó los brazos sobre el pecho y respondió moviendo la cabeza.

—¡Tú también entonces vienes por el ingeniero Mequinez! Ya me parece que es hora de que termine. Hace tres meses que nos están molestando. No les basta con que lo

hayamos dicho a los periódicos. ¡Tendremos que poner carteles en cada esquina diciendo que el señor Mequinez se ha ido para quedarse en Tucumán!

El niño hizo un gesto de desesperación. Luego estalló en ira.

—¡Es una maldición entonces! ¡Tendré que morir en la calle sin encontrar a mi madre! ¡Me vuelvo loco, me mato! ¡Dios mío! ¿Cómo se llama esa ciudad? ¿Dónde está? ¿A qué distancia queda?

—Ah, pobre muchacho —respondió la vieja con pena— ¡Casi nada! Serán por lo menos unos novecientos o mil kilómetros.

El niño se cubrió la cara con las manos y preguntó entre sollozos.

—Y ahora, ¿cómo lo hago?

—¿Qué quieres que diga pobre hijo? —respondió la señora— no lo sé.

Pero inmediatamente se le ocurrió una idea y agregó rápidamente:

—Escucha, ahora que lo pienso. Haz una cosa: sigue calle abajo y gira a la derecha, en la tercera casa encontrarás una puerta que da a un patio, allí hay un comerciante que sale por la mañana a Tucumán con sus carretas y sus animales. Ve si quiere llevarte ofreciéndole tus servicios, quizás te dé un lugar en algún carro. Anda de inmediato.

El niño agarró la bolsa, le agradeció mientras salía corriendo y, después de dos minutos, se encontró en un gran patio iluminado por lanternas. Varios hombres trabajaban cargando sacos de trigo en unos vagones enormes, similares a los carros de circo, con unos techos redondos y unas ruedas altísimas. Y un hombre alto y bigotudo, envuelto en una especie de capa a cuadros en blanco y negro con dos botas grandes, dirigía el trabajo. El niño se acercó y tímidamente le hizo su pregunta, contándole que venía de Italia y que estaba buscando a su madre.

El capataz, o sea, el conductor principal de ese grupo de carros, lo miró de pies a cabeza y respondió rotundamente: “No tengo lugar”.

—Tengo quince liras —respondió el niño suplicante— le doy mis quince liras. Trabajaré durante el viaje. Puedo ir a buscar agua y comida para las bestias, puedo hacer todos los servicios. Un poco de pan es suficiente para mí. ¡Hágame un pequeño lugar, señor!

El capataz lo miró y respondió con gracia:

—No hay lugar... y además no vamos a Tucumán, vamos a otra ciudad: Santiago del Estero. En algún momento tendríamos que dejarte y caminarías una gran distancia.

—¡Ah, lo haría mil veces! —exclamó Marco— caminaré, no lo piense más. Llegaré de la forma que sea, hágame un pequeño lugar señor, por caridad, ¡por caridad no me deje aquí solo!

—Considera que es un viaje de veinte días.

—No importa.

—¡Es un viaje duro!

—Lo soportaré todo.

—Tendrás que viajar solo.

—No le tengo miedo a nada. Mientras encuentre a mi madre. ¡Tenga compasión!

El capataz se llevó una linterna a la cara y lo miró. Luego dijo: “Está bien”.

El niño besó su mano.

—Esta noche dormirás en una carreta —agregó el capataz, dejándolo— mañana a las cuatro de la mañana te despertaré. Buenas noches.

Por la mañana a las cuatro en punto, a la luz de las estrellas, la larga hilera de carros comenzó a moverse con gran ruido: cada carro era tirado por seis bueyes, todos seguidos de una gran cantidad de animales de repuesto. El niño, despierto e instalado en uno de los carros sobre los sacos, no tardó en quedarse profundamente dormido.

Cuando despertó, la caravana estaba detenida en un lugar solitario bajo el sol y todos los hombres, los **peones**, se hallaban sentados en círculo en torno a un cuarto de ternero, que se asaba al aire libre, atrapado en una especie de espada ancha plantada al suelo, junto a un gran fuego sacudido por el viento. Todos comieron, durmieron y luego

partieron otra vez. Y así continuó el viaje, con la regularidad de una marcha de soldados. Todas las mañanas salían a las cinco en punto, se detenían a las nueve, salían a las cinco de la tarde y volvían a detenerse a las diez. Los peones cabalgaban y apuraban a los bueyes con largas barras de acero.

El niño encendía el fuego para el asado, alimentaba a los animales, limpiaba las linternas y traía agua para beber. El paisaje pasaba como una visión confusa: enormes bosques de pequeños árboles café; pueblos con algunas casas dispersas con fachadas rojas y amuralladas; enormes espacios, tal vez antiguos lechos de grandes lagos de sal, blancos con sal hasta donde alcanzaba la vista; y de todas partes y siempre, llanura, soledad, silencio. Muy raramente se encontraba con dos o tres viajeros a caballo, seguidos de una manada de caballos sueltos, que pasaban a toda velocidad, como un torbellino.

Todos los días eran iguales, como en el mar; lúgubre e interminable. Pero el clima era agradable. Excepto que los peones, como si el niño hubiese sido su sirviente obligado, se empezaron a volver más exigentes cada día: algunos lo trataban brutalmente, con amenazas; todos se mostraban desconsiderados con sus servicios; le hacían llevar enormes cargas de comida; lo enviaban a buscar agua a grandes distancias. El niño estaba destrozado por la fatiga, ni siquiera podía dormir de noche por los movimientos del carro y por el crujido ensordecedor de las ruedas y las piezas de madera. Además, cuando se levantaba el viento, una polvareda, rojiza

y grasienta lo envolvía todo, entraba en la carreta, bajo su ropa, los ojos y la boca, le quitaba la vista y el aliento. Esto que sucedía una y otra vez, se volvía cansador e insoportable.

Agotado por la fatiga y el insomnio, harapiiento y sucio, maltratado y golpeado de la mañana a la noche, el pobre niño se deprimía cada vez más. Y se habría desanimado aún más si el capataz no le hubiese dirigido, a ratos, alguna palabra cariñosa. A menudo, en el rincón del carro, sin ser visto, lloraba con la cara pegada a su bolsa que tenía dentro solo trapos. Todas las mañanas se levantaba más débil y desanimado, y mirando al campo, siempre viendo esa llanura ilimitada y cruel, parecida a un océano de tierra. Entonces se decía a sí mismo:

—¡Oh! ¡Esta noche ya no sobrevivo! ¡Esta noche ya no sobrevivo! ¡Hoy me muero por el camino!

Los trabajos aumentaron y los malos tratos se duplicaron. Una mañana, cuando no estaba el capataz, uno de los hombres lo golpeó porque se había demorado en traer agua. Después de eso empezaron a hacerlo por costumbre, y cuando le mandaban algo le pegaban diciendo:

—¡Toma esto, vagabundo! ¡Anda a llevárselo a tu mamá!

El corazón se le partía y cayó enfermo. Pasó tres días en la carreta con una manta sobre él pasando la fiebre y sin ver a nadie más que al capataz, que venía a darle un trago y tomarle la presión.

Se creía perdido e invocaba desesperadamente a su mamá, llamándola cien veces por su nombre:

—¡Oh, mi madre! ¡Madre mía, ayúdame! ¡Ven a encontrarme que me muero! ¡Ay, pobre madre mía, nunca volveré a verte! ¡Pobre madre, me encontrarás muerto en la calle!

Y poniéndose las manos en el pecho rezaba.

Parte 7

Al poco tiempo, mejoró. Gracias a los cuidados del capataz se recuperó. Pero con la curación llegó el día más terrible de su viaje: tuvo que partir solo. Habían estado en el camino por más de dos semanas. Cuando llegaron al punto donde la ruta que conduce a Santiago del Estero se divide del camino a Tucumán, el capataz anunció que tenían que tomar otra ruta. Le dio algunas indicaciones acerca del camino, amarró la bolsa a sus hombros para que no le molestara al caminar y se despidió como si le asustara emocionarse. El niño apenas tuvo tiempo de besarle un brazo. Incluso los otros hombres que habían abusado tan duramente parecieron sentir un poco de lástima al verlo tan solo y lo despidieron con la mano. Él devolvió el saludo y se quedó mirando la caravana hasta que se perdió en el polvo rojo del campo. Luego partió tristemente.

Una cosa lo consoló un poco desde el principio. Después de tantos días de viajar a través de esa llanura interminable siempre igual, veía ante él una cadena de montañas azules muy altas con picos blancos que le recordaban a los Alpes. Eran los Andes, la columna vertebral del continente americano, la inmensa cadena que se extiende por más de siete

mil kilómetros de longitud desde Tierra del Fuego hasta el mar glacial del Polo Ártico¹.

También lo consoló sentir que el aire se estaba calentando cada vez más; y esto pasaba porque, yendo hacia el norte, se estaba acercando a las regiones tropicales. A la distancia veía pequeños grupos de casas con tiendas en las que compraba cualquier cosa para comer. Se encontró con hombres a caballo; de vez en cuando veía mujeres y niños sentados en el suelo, inmóviles y serios, con caras nuevas para él, de color terroso, con ojos oblicuos, con los pómulos salidos, que le miraban fijamente y le seguían con la vista, volviendo la cabeza lentamente, como autómatas. Eran indios.

El primer día caminó todo lo que pudo y durmió debajo de un árbol. El segundo día caminó mucho menos y con menos ánimo. Tenía los zapatos rotos, los pies despellejados y un estómago debilitado por la mala alimentación. Al anochecer, empezó a asustarse. Había oído decir en Italia que en esos países había serpientes y creía sentir las; se detenía, se ponía a correr y sentía un escalofrío en los huesos. A veces, se compadecía de sí mismo y lloraba en silencio mientras caminaba. Luego pensaba: “¡Cuánto sufriría mi

1 “Estrictamente hablando, la Cordillera de Los Andes va desde Venezuela hasta la Tierra del Fuego. A pesar de esto, el mismo cordón montañoso se hunde en el mar en Centro América y emerge en Norte América con el nombre de Montañas Rocosas o Rocallosas. Por lo que, a pesar de que la denominación es distinta, se puede entender también como un continuo que va desde el Ártico a la Tierra del Fuego”.

madre si supiera que tengo tanto miedo!, y este pensamiento le daba coraje.

Luego, para que se le pasara el miedo, pensaba en muchas cosas de ella: recordaba sus palabras cuando salió de Génova, la forma en que arreglaba las sábanas cuando estaba en la cama, y cuando era un niño, que a veces lo tomaba en sus brazos y le decía: “Quédate aquí conmigo por un rato”, y él se quedaba un buen momento, con la cabeza apoyada en la suya, pensando, pensando.

Y se decía a sí mismo: “¿Te volveré a ver algún día, querida madre?” ¿Llegaré al final de mi viaje, mamá mía? Y caminó y caminó, entre árboles desconocidos, vastas plantaciones de caña de azúcar, pastizales interminables, siempre con esas grandes montañas azules al frente, que cortaban el cielo despejado con sus conos muy altos.

Pasaron cuatro días, cinco, una semana. Su fuerza disminuía rápidamente, sus pies sangraban. Finalmente, una tarde mientras se ponía el sol, le dijeron: “Tucumán está a ocho kilómetros de aquí”. Dio un grito de alegría y aceleró el paso, como si hubiera recuperado toda la fuerza perdida en un segundo. Pero fue una breve ilusión. Las fuerzas lo abandonaron repentinamente y cayó en un hoyo, agotado. Pero su corazón latía de alegría. El cielo, lleno de espléndidas estrellas, nunca le había parecido tan hermoso. Las contem-

pló, tumbado en la hierba para dormir, y pensó que quizás al mismo tiempo su madre también los miraba. Y él dijo:

—Ay mamá, ¿dónde estás?, ¿qué estás haciendo ahora? ¿Piensas en tu hijo? ¿Piensas en tu Marco, que está tan cerca de ti?

Pobre Marco, si hubiera podido ver el estado en que se encontraba su madre, en ese momento habría hecho un esfuerzo sobrehumano para volver a caminar y haber acudido a ella unas horas antes. Estaba enferma, en cama, en una habitación de una elegante casa, donde vivía toda la familia Mequinez; la misma que le había dado mucho cariño y le había ayudado tanto. La pobre mujer ya estaba enferma cuando el ingeniero Mequinez tuvo que partir de un momento a otro de Buenos Aires y no se había recuperado, a pesar del buen clima de Córdoba.

Pero después, el hecho de que ya no recibiera respuesta a sus cartas ni de su esposo ni de su primo, el presentimiento siempre presente de que les hubiera ocurrido una gran desgracia, la ansiedad de estar en la duda acerca de irse o quedarse, esperando que llegaran noticias todos los días, la habían terminado por empeorar mucho más. Finalmente, le había dado una enfermedad muy grave: una hernia intestinal estrangulada. Durante quince días no se había levantado de la cama. Necesitaba una operación quirúrgica para salvar su vida. Y en ese mismo momento, mientras su Marco la invocaba, el señor y la señora estaban al lado de su cama,

intentando convencerla para que se operase. Ella seguía negándose, llorando.

Un buen médico de Tucumán ya había intentado convencerla la semana anterior, sin éxito.

—No, queridos caballeros—dijo—no vale la pena; no tengo fuerzas para resistir, moriría en la operación. Es mejor que me dejen morir así, ya no me importa la vida. Todo se acabó para mí. Mejor me muero antes de saber lo que le pasó a mi familia.

Y los señores que le decían que no, que sea valiente, que a las últimas cartas enviadas directamente a Génova recibirían respuesta, que se dejara operar, que lo hiciera por sus hijos. Pero esa idea de sus hijos solo hizo más grave el desánimo profundo que la mantenía en cama durante todo ese tiempo. Ante esas palabras, se echó a llorar.

—¡Oh hijos míos!, ¡mis hijos! —exclamó, juntando sus manos— ¡tal vez ya murieron! Mejor me muero también. Les agradezco, buenos señores, les agradezco sinceramente. Pero es mejor morir. Ni siquiera me recuperaría de la operación, estoy segura. Gracias por tanto cariño. Es inútil que el médico regrese después de mañana. Quiero morir, es el destino que muera aquí, ya lo he decidido.

Y los señores que siguen consolándola, repitiéndole:

—No, no diga eso —y le tomaban las manos y rezaban.

Pero luego cerró los ojos, exhausta, y cayó en un sueño en el que parecía muerta. Y los jefes se quedaron allí por un tiempo, a la luz de un pequeño foco, para mirar con gran pena a esa admirable madre, que para salvar a su familia había venido a morir a casi diez mil kilómetros de su tierra natal después de sufrir tanto, ¡pobre mujer tan honesta, buena y desafortunada!

Al día siguiente, con su bolsa sobre los hombros, doblado y cojeando, pero lleno de ánimo, Marco entró en la ciudad de Tucumán, una de las ciudades más jóvenes y ricas de la República Argentina. Le pareció ver de nuevo Córdoba, Rosario, Buenos Aires: las mismas calles rectas y muy largas con esas casas bajas y blancas. Por todos lados una vegetación nueva y magnífica, un aire perfumado, una luz maravillosa, un cielo claro y profundo como nunca lo había visto, ni siquiera en Italia. Avanzando por las calles, sintió el mismo movimiento acelerado que había visto en Buenos Aires. Miraba las ventanas y las puertas de las casas, miraba a todas las mujeres que pasaban con la frenética esperanza de encontrarse con su madre; quería preguntarles a todas y no se atrevía a parar a ninguna.

Todos se volvían para mirar al pobre, harapiento, y polvoriento niño que se notaba venía de muy lejos. Y estaba buscando entre la gente una cara que inspirara confianza para poder dirigirle la tremenda pregunta, cuando sus ojos se posaron en el letrero de una tienda en el que estaba escri-

to un nombre en italiano. Había un hombre con anteojos y dos mujeres dentro. Se acercó lentamente a la puerta y con un corazón decidido preguntó:

—¿Podría decirme, señor, dónde está la familia Mequinez?

—¿Del ingeniero Mequinez? —preguntó el comerciante.

—Del ingeniero Mequinez —respondió el chico con un hilo de voz.

—La familia Mequinez —dijo el señor—no está en Tucumán.

Un grito de dolor desesperado, como el de una persona apuñalada, fue la respuesta a esas palabras.

Parte 8

El vendedor y las mujeres se levantaron, mientras algunos vecinos venían corriendo.

—¿Qué te pasa niño? —le dijo el señor llevándolo dentro de la tienda y haciéndolo sentarse—no hay necesidad de desesperarse, ¡qué diablos! ¡Los Mequinez no están aquí, pero no están muy lejos, a unas pocas horas de Tucumán!

—¿Dónde?, ¿dónde? —gritó Marco, saltando como un hombre resucitado.

—A unos quince kilómetros de distancia —respondió el hombre— a orillas del Saladillo, en un lugar donde están construyendo una gran fábrica de azúcar, al lado de un grupo de casas, está la casa del señor Mequinez, todos lo saben. Te demorarás pocas horas en llegar.

—Yo estuve allí hace un mes —dijo un joven que se había acercado al escuchar el grito.

Marco lo miró con ojos grandes y le preguntó apresuradamente, poniéndose muy pálido:

—¿Y vio a la doncella del señor Mequinez, la italiana?

—¿La genovesa? Si, la vi.

Marco rompió en un sollozo convulsivo, entre risas y lágrimas. Luego, con una violenta resolución preguntó:

—¿Por dónde se llega? ¡Rápido!, salgo de inmediato, ¡enséñame el camino!

—Pero si es un día de caminata —le dijeron todos— estás cansado, debes dormir, te irás mañana por la mañana.

—¡Imposible! ¡Imposible! —respondió el chico— díganme por dónde se va, no puedo esperar ni un segundo más; me voy de inmediato, ¡aunque muera en el camino!

Estaba tan decidido, que no se opusieron.

—Dios te acompañe —le dijeron— sigue el camino hacia el bosque. ¡Que tengas un buen viaje, italianito!

Un hombre lo acompañó fuera de la ciudad, le mostró el camino, le dio algunos consejos y se quedó para verlo irse. En pocos minutos, el niño desapareció, cojeando, con su bolso sobre sus hombros, detrás de los gruesos árboles que bordeaban la calle.

Esa noche fue terrible para la pobre mujer enferma. Pasaba por momentos de delirio y tenía intensos dolores que la hacían gritar con sonidos capaces de romper las venas. Las mujeres que la asistían no sabían que hacer. La dueña acudía de vez en cuando, horrorizada. Todos comenzaron a temer que, incluso si ella decidía dejarse operar, el médico que iba a venir a la mañana siguiente llegaría demasiado tarde. Sin embargo, en los momentos en que no estaba delirando estaba claro que su tortura más terrible no eran los dolores del cuerpo, sino el pensamiento de estar lejos de su familia.

Medio muerta, deshecha, con la mirada perdida, se metía las manos entre el pelo en un acto de desesperación que le atravesaba el alma y gritaba:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Morir tan lejos, morir sin volver a verlos! ¡Mis pobres hijos, que se quedan sin madre! ¡Mis criaturas, sangre de mi sangre! ¡Mi Marco, que todavía es tan pequeño, tan bueno y cariñoso! ¡Si supiera la clase de niño que es, señora! No me lo podía quitar del cuello cuando me fui, lloraba desesperadamente. ¡Parecía saber que nunca volvería a ver a su madre!, ¡pobre Marco, mi pobre hijo! ¡Pensé que su corazón explotaría! ¡Ah ojalá hubiese muerto en ese minuto cuando me despedía! Sin una madre, un niño pobre, el que la amaba tanto, que me necesitaba tanto, sin una madre, en la pobreza, tendrá que pedir limosna. Marco, mi Marco.

—¡Oh, Dios eterno! ¡No! ¡No quiero morir! ¡El doctor! ¡Llámenlo ahora! Que venga y me corte donde quiera, ¡pero que salve mi vida! ¡Quiero sanarme, quiero vivir,irme, huir, mañana mismo! ¡El doctor! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

Y las mujeres le sujetaban sus manos, la palpaban, rezaban con ella y la hacían volver a la **cordura** poco a poco, hablándole de Dios y de la esperanza. Y luego cayó sobre ella un cansancio terrible, llorando, con las manos tirándose

el pelo gris, gimiendo como una niña, lamentándose y murmurando a ratos:

—¡Oh, Génova! Mi casa. ¡Todo ese mar...! Oh, mi Marco, ¡mi pobre Marco! ¿Dónde estará la pobre criatura ahora?

Era medianoche y el pobre Marco, después de pasar muchas horas en la orilla de un foso, agotadísimo, caminaba a través de un bosque de árboles gigantes, monstruos de la vegetación, con inmensos troncos, como si fuesen columnas de catedrales, que se unían a una altura maravillosa con sus enormes copas plateadas por la luz de la luna. En esa penumbra, veía de forma nebulosa innumerables troncos de todas las formas, erguidos, inclinados, desfigurados, cruzados en extrañas actitudes de amenaza y lucha; algunos tirados en el suelo, como torres que cayeron en medio de una pelea, y cubiertas de vegetación densa y confusa, que parecía una multitud furiosa que competía por cada espacio metro a metro; otros formaban grandes grupos, verticales y cerrados como lanzas de un titán, cuyas puntas tocaban las nubes; una soberbia grandeza, un desorden prodigioso de formas gigantescas, el espectáculo más majestuoso y terrible que le había ofrecido la naturaleza vegetal.

En ciertos momentos se detenía asombrado, pero rápidamente su alma se volvía hacia su madre. Estaba **exhausto**, con los pies sangrando, solo en medio de ese precioso bos-

que, donde solo podía ver cada cierto tiempo grupos de pequeñas viviendas humanas, que al pie de esos árboles parecían nidos de hormigas y algunos búfalos que dormían a lo largo del camino. Estaba exhausto, pero no se sentía cansado. Estaba solo y no tenía miedo. El tamaño del bosque hacía aún más grande su alma; la cercanía de su madre le daba fuerzas y el atrevimiento de un adulto.

El recuerdo del océano, de lo desamparado que había estado, de los dolores sufridos y vencidos, de las largas fatigas, de la voluntad de hierro que había demostrado; todo eso le hizo levantar la frente. Su sangre genovesa fuerte y noble fluyó de regreso a su corazón en una ardiente ola de orgullo y de audacia.

Y algo nuevo pasó en él: mientras que hasta entonces había llevado en su mente una imagen de su madre algo oscura y confusa por los dos años de distancia, en esos momentos esa imagen se volvió clara para él. Veía su rostro completo y claro como no lo había visto en mucho tiempo; lo veía cerca, iluminado, hablando; veía los movimientos más insignificantes de sus ojos y sus labios, todas sus actitudes, todos sus gestos, todas las sombras de sus pensamientos. E impulsado por esos preocupantes recuerdos, aceleró el paso; y un nuevo afecto, una ternura indescriptible empezó a crecer y crecer en su corazón, haciéndole correr por el rostro dulces y tranquilas lágrimas. Y mientras seguía cami-

nando en la oscuridad, le hablaba, le decía las palabras que murmuraría en su oído:

—Estoy aquí, madre mía, aquí estoy, nunca más te dejaré; volveremos a casa juntos, y siempre estaré a tu lado en el barco, cerca de ti, ¡y nadie volverá a separarme de ti mientras tengas vida!

Y entretanto, no se daba cuenta de que en las copas de los árboles gigantes la luz plateada de la luna se estaba apagando en la delicada blancura del amanecer.

A las ocho en punto de la mañana, el médico de Tucumán, un joven argentino, ya estaba en la cama de la paciente, en compañía de un asistente, para intentar por última vez convencerla de que se dejara operar; y con él, el ingeniero Mequinez y su esposa repetían los mismos argumentos. Pero todo era inútil. La mujer, sintiéndose ya sin fuerzas, no tenía confianza en la operación; estaba muy segura de que iba a morir en el acto o solo sobreviviría durante unas horas, después de haber sufrido inútilmente los dolores más atroces que los que le podría haber producido una muerte natural.

El doctor no dejaba de repetirle:

—¡Pero si la operación es segura y también su curación siempre y cuando ponga un poco de valentía en ello! ¡Y su muerte es igualmente segura si se niega!

Palabras que eran desechadas.

—No —respondía ella con voz débil— todavía me queda valor para morir, pero no para sufrir innecesariamente. Gracias señor doctor. Es tan bueno. Déjeme morir en silencio.

El médico, desanimado, se rindió. Nadie habló más. Entonces la mujer volvió la cara hacia su jefa, y con su voz moribunda hizo sus últimas oraciones.

—Mi querida y buena señora —dijo con gran dificultad, sollozando— hágame el favor de enviar estas pocas monedas y mis pobres cosas a mi familia... a través del señor Cónsul. Espero que todos estén vivos. Mi corazón lo presente en estos últimos momentos. Tenga la bondad de escribir... que siempre he pensado en ellos, que siempre he trabajado para ellos... para mis hijos... y que mi único dolor no fue volver a verlos... sin embargo morí con valentía... resignada... bendiciéndolos. Y que a mi esposo... y a mi hijo mayor... les encomiendo al más pequeño, mi pobre Marco... a quien tuve en mi corazón hasta el último momento...

Y exaltándose de pronto, gritó, juntando sus manos:

—¡Mi Marco! ¡Mi niño! ¡Mi vida!

Pero volviendo los ojos llenos de lágrimas, vio que la señora ya no estaba allí: habían venido a llamarla sin que se diera cuenta.

Parte 9

Buscó a su jefe: se había ido. Las dos enfermeras y el asistente ya no estaban allí. Hubo un ruido apresurado de pasos en la habitación vecina, un murmullo de voces rápidas y bajas, y suaves exclamaciones. La enferma fijó sus ojos que ya no veían tan bien en la puerta, esperando. Después de unos minutos vio aparecer al médico con una cara extraña; luego la señora y el patrón, también ellos con sus caras alteradas. Los tres la miraron con una expresión singular e intercambiaron algunas palabras en voz baja. Le pareció que el médico le estaba diciendo a la señora:

Mejor que sea ahora.

La paciente no entendía.

—Josefa —dijo la señora con voz temblorosa— tengo una buena noticia para ti. Prepárate para recibirla.

La mujer la miró atentamente.

—Una noticia —continuó la dama, cada vez más agitada— que te dará una gran alegría.

La paciente abrió aún más los ojos.

—Prepárate —continuó su jefa— para ver a una persona... a quien amas mucho.

La mujer levantó la cabeza con un fuerte tirón y comenzó a mirar sucesivamente a la señora y a la puerta con los ojos brillantes.

Una persona —dijo la señora, palideciendo— que llegó justo ahora... inesperadamente.

—¿Quién es? —gritó la mujer con una voz estrangulada y extraña, como si estuviera asustada.

Un instante después lanzó un grito agudísimo, intentando sentarse en la cama, pero permaneció inmóvil con los ojos bien abiertos y las manos en la cabeza, como si fuese la aparición de un fantasma.

Marco, desgarrado y polvoriento, estaba allí parado en la puerta, sostenido por el brazo del médico.

La mujer gritó tres veces:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios mío!

Marco corrió hacia adelante, ella estiró sus brazos desnudos y, apretándolo contra su pecho con la fuerza de un tigre, estalló en una risa violenta, quebrada por profundos sollozos sin lágrimas, que la hicieron caer casi sin aliento en la almohada.

Pero inmediatamente se recuperó y gritó loca de alegría, cubriendo la cabeza de su hijo con besos:

—¿Cómo estás aquí? ¿Por qué? ¿Eres tú? ¡Cómo creciste! ¿Quién te guió? ¿Estás solo? ¿No estás enfermo? ¡Eres tú, Marco! ¡No es un sueño! ¡Dios mío! ¡Háblame!

Entonces, de repente cambió de tono:

—¡No! ¡Cierra la boca! ¡Espera!

Y volviéndose al médico, aceleradamente le dijo:

—Rápido, inmediatamente, doctor. Quiero sanarme. Estoy lista. No pierda ningún segundo. Lléveme a Marco para que no sufra. Marco mío, no es nada. Ya me contarás. Un beso más. Ahora vete. ¡Aquí me tiene, doctor!

Sacaron a Marco. Los patrones y las mujeres se apresuraron a salir. El cirujano y el ayudante se quedaron y cerraron la puerta. El señor Mequinez trató de llevar a Marco a una habitación distante, pero fue imposible. Parecía clavado en el suelo.

—¿Qué pasó? —preguntó— ¿Qué tiene mi madre? ¿Qué están haciendo?

El señor Mequinez le respondió bajito, intentando sacarlo de ahí:

—Mira, escúchame. Tu madre está enferma, tienen que hacerle una pequeña operación, te lo explicaré todo, ven conmigo.

—No —respondió el chico, deteniéndose— quiero quedarme aquí. Explíqueme aquí.

El ingeniero amontonaba palabras sobre palabras, tratando de llevárselo, y el niño empezaba a asustarse y temblar.

De repente, un grito agudo, como el grito de un hombre herido de muerte, resonó por toda la casa.

El niño respondió con otro grito desesperado:

—¡Mi madre está muerta!

El médico apareció en la puerta y dijo:

—Tu madre se ha salvado.

El niño lo miró por un momento y luego se arrojó a sus pies, sollozando:

—¡Gracias, doctor!

Pero el médico lo levantó con un gesto, diciendo:

—¡Levántate!... ¡Tú eres, niño heroico, quien salvó a tu madre!